

de Nicolás, que había sujetado con las dos suyas. Se conocía que se agarraba á los halagos como á una golosina.—Mi mamá se llama Caterina Porena, y papá es el doctor Vincenzo Foligno. Yo soy Tomasuccio Foligno. *Il babbo e morto!*

Lo que dijo en italiano lo dijo después, al separar su cabeza de la mano del nuevo amigo, más inteligente, sin duda, que el perro. Se apartaba para ver los ojos de Nicolás, á los que imploraba con los suyos una gran compasión por la muerte del abuelito, que éste era el *babbo*.

—¡Ah! dijo Serrano. ¡Un muerto en la fonda! Tal vez por eso no veo por aquí á nadie.

—*Ma non... Il babbo e morto... en Sevilla... Ci sonno... hace... due... años... dos años. Yo tengo siete.*

## IV

La muerte de su abuelo era para aquel inocente el suceso supremo, una tristeza grande, que en su sentir debían conocer to-

dos los seres inteligentes á quien él encontrara por el mundo en la muy asendereada vida que llevaba con sus padres, el doctor Foligno y la *somnábula* Caterina Porena. *Il babbo* era el padre de Catalina. Iba con ellos de pueblo en pueblo, enfermo, prefiriendo el traqueo perpetuo de los viajes á la pena de la soledad y al terror de la ausencia. Era el *babbo* para todos: para su hija, para su nieto, que le llamaba así también; hasta para el doctor, que, en efecto, le quería como á padre. Y en una de estas idas y venidas había muerto, hacía dos años, lejos de la patria, en Sevilla. Tomasuccio recordaba, después de tanto tiempo, más que la desgracia, el duelo que había dejado tras de sí, la tristeza de sus padres y la falta de ciertas caricias y de ciertos juegos; pero, en cuanto al *babbo* mismo, poco á poco su imagen se había ido borrando de la memoria del niño, y el abuelito y Papá-Dios empezaban á confundirse en las nieblas de su teogonía infantil. De lo que él estaba seguro era de que Dios también se había muerto, ni más ni menos que el *babbo*; pero hacía menos tiempo, porque todavía recordaba haberlo visto en una iglesia, tendido en

tierra, envuelto en tela negra y entre muchas luces, cadáver. Pero le decían que Papá-Dios había resucitado, *vuelto á vivir*, y del *babbo* también podía creerse algo por el estilo; pero cuando hablaba Tomasuccio, á sus compatriotas, de su *desgracia*, todos le decían que el *babbo* no había muerto, que el *babbo* era su padre; el doctor Foligno. Pero no: él nunca le había llamado así: le llamaba *papá*, y esto era otra cosa. Su tristeza de niño débil y nervioso, soñador y precoz, le aconsejaba no creer en aquellas resurrecciones: ni á Papá-Dios ni al *otro* los había vuelto él á ver: cuando se quedaba solo en casa, en las fondas, en las posadas, porque sus padres iban á ganar el dinero á los salones, á los teatros, ya no tenía aquel compañero, del que vagamente se acordaba: recordaba que antiguamente, mucho tiempo hacía, no tenía miedo de noche y oía muchos cuentos y se reía mucho, montado en unas rodillas.

La locuacidad de Tomasuccio daba la misma clase de tristeza que el aspecto de su hermosura delicada: las ideas de muerte, de cielo y de infierno, de cementerio y de vida subterránea en el ataúd, venían á mez-

clarse, por relaciones extrañas y sutiles que encontraba en su imaginación, en aquella historia que él siempre estaba narrando, mitad inventada, mitad nacida de sus recuerdos.

Todo esto lo había notado ya Nicolás Serrano cuando, media hora después, comían juntos, los dos solos, en el comedor de la fonda. No había, en aquellos días, más huéspedes en el triste albergue, que dos comisionistas que habían comido antes, y los *cómicos*, los Foligno; pero Catalina y su esposo estaban aquella noche convidados fuera: sentábanse á la mesa del señor alcalde, un famoso médico, especialista en partos y alcaldadas, que creía que el teodolito era un aparato de batir cataratas, y que tenía dos grandes vanidades: la gran cruz de Isabel la Católica que poseía, y un *fluido magnético* de mucha fuerza que había conservado desde la florida juventud, aunque ahora apenas podía usarlo, porque la sociedad era incrédula. La moda del hipnotismo le pareció al Sr. Mijares, el alcalde, una resurrección de sus diabluras de espiritista y magnetizador. Le pasó con el hipnotismo lo mismo que con el sombrero de copa: é<sup>1</sup>

usaba siempre la copa baja y el ala ancha: la moda le dejaba en ridículo á lo mejor; pero volvía, como una marea, y su sombrero parecía por algún tiempo de última novedad. El hipnotismo era, pensaba él, ni más ni menos que aquello del fluido magnético y de las mesas giratorias y demás diversiones de su retozona juventud. El historiador, que tanto puede penetrar en el espíritu de los personajes que estudia, unas veces viendo y otras adivinando, no puede menos de detenerse ante ciertos arcanos, ante ciertas profundidades y enrucijadas psicológicas: así, por ejemplo, no hubo nunca modo de averiguar si el alcalde médico creía sinceramente en el fluido magnético que le tenía tan ufano. Él se ponía furioso si se lo negaban; enseñaba los puños, muy robustos, en efecto, y los sacudía en el aire, con fuerza, como despidiendo magnetismo á chorros. Hablaba del tal fluido suyo, que él llamaba superior, como el dueño de una bodega habla de la calidad de su vino añejo.—Hay fluidos y fluidos, decía Mijares: el mío es de primera clase. ¡Ya lo creo! ¡Superior! ¡Si ustedes me hubieran visto braccar allá, en las tertulias de mis buenos

tiempos!... ¡Las señoritas y señoras que yo dejé dormidas como marmotas! ¡Qué sueños! ¡Qué pellizcos, es decir, qué pases de fluido!... Ello fué que cuando el doctor Vincenzo Foligno se le presentó en la alcaldía á solicitar el teatro para dar funciones de hipnotismo con su esposa, la famosa sonámbula Caterina Porena, Mijares vió el cielo abierto y dió un abrazo al italiano, llamándole compañero, querido compañero. Foligno, que era hombre listo y acostumbrado á conocer á los imbéciles y á los locos con una sola mirada á veces (no necesitaba menos para las trazas que había de emplear en los espectáculos que dirigía), Foligno comprendió en seguida que con Mijares no se jugaba, que había que tomarle en serio lo del magnetismo ó exponerse á cualquier arbitrariedad. Se trataba de un majadero que era alcalde y disponía del teatro. La oposición de Mijares hubiera sido un contratiempo para los pobres mágicos, cuyo presupuesto no consentía viajes perdidos, inútiles. Había que ganar algo en Guadaluajara, por poco que fuera. Así, pues, Foligno se volvió á la fonda, después de su primera visita al alcalde, decidido á cum-

plir la voluntad del médico caracense, que consistía en que había de presentársele en persona Caterina Porena para dejarse magnetizar por la primera autoridad popular de la capital.—Primero, había dicho Mijares, dormirá usted á su mujer, y después la dormiré yo; y los amigos verán qué fluido es superior, el de usted ó el mío. Nada, nada: mañana mismo, mientras se limpia el teatro y los periódicos anuncian la llegada de ustedes, por vía de propaganda y reclaman ustedes, es decir, damos una función en mi casa. Vengan ustedes á eso de las siete, porque tengo gusto en que coman conmigo: después del café vendrán el Gobernador civil y el militar, y varios profesores de la Academia de Ingenieros, con más el cantante de Sigüenza, que está aquí de paso; y más tarde, á la hora de la función, se llenarán mis salones con lo mejor de Guadalajara: muchas señoras, mucha *pillería*, un público distinguido que hará atmósfera, que decidirá del éxito que al día siguiente tengan ustedes en el teatro.

Caterina Porena, venciendo la natural repugnancia, se redujo á seguir á su marido á casa del alcalde, comprendiendo que

no había más remedio que aceptar el estrambótico convite, cuya utilidad para los propios intereses comprendía. Triste, como estaba casi siempre, dió un beso á Tomassuccio en la boca; encargó á la camarera, que en dos días se había hecho gran amiga del niño delicado, que le cuidara mucho y que bajara con él al comedor si él quería comer en la mesa redonda. Y se fueron los padres á casa del alcalde y quedó Tomassuccio solo, como tantas veces. La doncella de la fonda estaba en pie á su lado, sonriendo, rubia y joven, mientras él, con grandes aspavientos, enteraba á su nuevo amigo, Nicolás Serrano, de todas las cosas que había visto en el mundo y de las infinitas que había soñado.

Serrano se sentía en una atmósfera espiritual extraña en presencia de aquel niño: observaba en él algo desconocido, una de esas novedades que sólo puede ofrecer la experiencia, que no cabe prever, adivinar ó suponer. Era algo así como una imagen de la debilidad, de la enfermedad, de la tristeza última, de la muerte, en un ser lleno de gracia, expresión, viveza; casi nada de carne, hecho de nervios, tules, cintas de

seda; todo fúnebre, marchito, pero impregnado de luz, amor, inteligencia. No sabía cómo explicarse la fascinación que en él producían aquellos ojos inocentes, fijos en los suyos, y aquella charla inagotable, preñada de visiones de ultratumba, mezcladas con las cosas más triviales de la tierra. De repente pensó Serrano:

—¿Qué impresión me causaría una mujer que se pareciera á este niño... en estas cosas raras?

—Dime, preguntó, sin pensar en contener el impulso de la curiosidad: ¿á quién te pareces tú, á tu papá ó á tu mamá?

—A mamá.

—A la mamá, mucho: es el retrato de su madre, confirmó la doméstica.

Serrano sintió un estremecimiento frío. Nunca había pensado en la mujer como en un consuelo, como en un regazo para los desencantos del alma solitaria, incomunicable: sin saber por qué, esta idea le llenó la mente, mientras sus ojos se clavaban en aquel niño, como aspirando, en fuerza de imaginación y voluntad, á producir en él la absurda metamorfosis de convertirlo en su madre. ¿Cómo sería aquella madre? El de-

seo ardiente de verla fué para el filósofo de treinta años una voluptuosidad intensa, como un día de verano al fin del otoño; la presencia de la juventud en el alma, cuando ya se la había despedido entre lágrimas disimuladas.—*Caterina Porena*, pensó, hablándose en voz alta para sus adentros. Y estas dos palabras, que poco antes no le habían sonado más que á italiano, ahora tenían una extraña música sugestiva, algo de cifra babilónica; eran como el *sésamo* de nuevos misterios de la sensibilidad que no semejaban al misticismo, impersonal, anafrodita. También se acordó de repente de unos versos suyos, allá, de la adolescencia, que se titulaban *El amante de la bruja*. No recordaba la poesía al pie de la letra, pero el pensamiento era éste: «un joven, casi niño todavía, tímido, de pasiones ardientes, siempre ocultas, estudioso, gran humanista á los quince años, había pedido á la musa de Horacio, cuyas odas lúbricas y epístolas nada castas había devorado con el doble placer de la voluptuosidad literaria, una visión á quien amar, una querida fiel en el sueño, la mágica Canidia aunque fuera, y el *súcubo* había acudido á su con-

juero; mas, en vez de los torpes placeres del misterioso Cocytto, el adolescente había saboreado en los besos de la Canidia romántica el amor triste y profundo, ideal, caballeresco; y la bruja, que era de nuevos tiempos, no iba á celebrar los sortilegios al monte Esquilino, sino al aquelarre de Sevilla, todos los sábados; era la bruja de la *Valpurgis* y no cualquiera de las *Pelignas*; era una bruja que montaba en la escoba por *neurosismo*, que padecía la brujería como una epilepsia, pero que en las horas del descanso, pálida, descarnada, palpitando aún con los últimos latidos de las eclampsias infernales del aquelarre mágico, besaba y abrazaba, llevada de amor puro, casto, ideal, á su pobre adolescente, que por aquellos besos sufría el tormento de su vergüenza de ser esposo de la bruja, y de su vergüenza de partir su ventura con el diablo.»

Mientras Serrano pensaba y recordaba tantas y tan extrañas cosas, no pasó más tiempo del que tardó en temblar de frío. La doncella rubia, que cuidaba de Tomasuccio, preguntó al filósofo:

—¿Quiere usted que cierre la puerta?

—¿Por qué?

—Porque parece que tiene usted frío: se ha puesto pálido y le he visto temblar. Este comedor es húmedo y demasiado fresco. Por esa puerta entra la muerte.

—Sí, cierra, dijo Tomasuccio; yo también tiemblo de frío.

Serrano reparó entonces en la estancia triste y desnuda en que comía; á la prosaica desilusión de toda mesa de fonda pobre y desierta, se añadían en aquella los horrores de una escasez y sordidez no disimulada en vajilla y manjares y en todos los pormenores del servicio. Sobre el extremo de la mesa, adonde no llegaba el mantel, se destacaban dos botijos de barro, *ánforas de Octubre*, que daban escalofríos en aquella noche húmeda y fría de un invierno anticipado.

—Aquí no se come más que perdices, dijo Tomasuccio. Pero no se crea usted... es que están muy baratas.

Serrano, con profundísima tristeza, se quedó pensando en los botijos, en las manchas del mantel, en el piso de ladrillo resquebrajado, en las perdices eternas por lo baratas; y era acompañamiento de esta sú-

bita melancolía disparatada el silencio repentino del niño, que se quedó en su silla de brazos, alta, cabizbajo, pálido, ojeroso, sin hacer más que acariciar paulatinamente una mano de la camarera (1), que él mismo se había puesto debajo de la barba.

—¿Te sientes mal? le preguntó su nuevo amigo.

Tomasuccio respondió que no con la cabeza.

—Tendrá sueño.

—¡Ca! dijo la sirvienta rubia. Ahora le acuesto y se está las horas muertas acurrucado, con los ojos muy abiertos, contándole historias raras á la almohada. A veces llama á su madre y llora un poco. Pero lo primero que hace al meterse en la cama es rezar por el *babbo*, que es su abuelito, el padre de su mamá, que llama también *babbo* al difunto. Si no fuera que pronto se encariña con las personas, este nene daría lástima, porque casi todas las noches tienen que dejarle solo sus papás y él necesita mu-

(1) El *Diccionario* de la Academia admite camareros en las fondas, pero no camareras. En las fondas se admiten mujeres para el mismo oficio de los camareros, y se llaman como va en el texto.

chos mimos. ¿Verdad, *Suchio*? Pero á mí ya me quieres mucho: ¿verdad, Tomasito?

El niño no contestó; pero tendió los brazos hacia su amiga con pereza cariñosa, sonrió entre dos bostezos, y, después que se vió agarrado al cuello de la doncella, se apretó á ella como una hiedra, inclinó sobre su hombro la cabeza y dijo con voz soñolienta y mimosa:

—Un beso á este caballero.

Serrano besó la frente de Tomasuccio, y cuando se vió solo en el comedor frío y desierto, se sintió mucho más triste que cuando llegaba á la fonda acordándose de sus trece años. ¡Qué soledad la suya en aquella Guadalajara oscura, mojada, helada, sorda y muda! De repente se acordó de su primo el alumno de ingenieros, el prisionero; y fué para él un consuelo inesperado el pensar que á lo menos tenía allí uno de la propia familia.

Bien mirado, á pesar de sus treinta años, él necesitaba, no menos que Tomasuccio, los brazos de una madre...; y no la tenía,

Pero hermana de su madre era su tía, y aquella tía tenía aquel hijo encerrado en un calabozo, allí cerca, y él, su primo, se ha-

bía olvidado de que debía ir á verle, á consolarle, á libertarle, si podía, cuanto antes. Tomó de prisa café, y salió de la fonda. La noche estaba oscurísima; seguía lloviendo; los pocos faroles de petróleo hacían oficio de faros en aquellas tinieblas húmedas, pero no de alumbrado público.

La Academia estaba cerca: la Nueva á la derecha, á cuatro pasos, hacia la estación; *la Vieja*, enfrente, en atravesando un paseo con árboles. ¡Bien se acordaba él de todo! A tientas llegó á la puerta de la Academia Vieja, que era donde debía de estar arrestado el primo. Unos soldados muy finos le dijeron que ellos no podían saber si estaba allí el alumno Alcázar, por quien preguntaba. Le hicieron andar por átrios y escaleras y galerías oscuras y resonantes con los pasos de Serrano y de quien le guiaba. Por fin topó con un oficial, muy amable también, que con asombro oyó hablar del arresto del *pollo* Alcázar. Alcázar no había estado en el calabozo más que ocho días: meses hacía que campaba por sus respetos. Con algún trabajo, previa consulta á los porteros y conserjes de la casa, se pudo averiguar que vivía en la calle Alvar Fáñez de Minaya,

no se recordaba en qué número. Más de media hora tardó Serrano en dar con el domicilio de su *dichoso primo*. El amor á sus colaterales se le había enfriado mucho con aquellas pesquisas, á oscuras, entre chaparrones, con el barro hasta las rodillas por aquellas tristes calles sin empedrado.

Al fin, en una posada de doce reales con principio, pareció el perseguido militar que hablaba á su madre, en elegías familiares, de las Peñas de San Pedro. Estaba de pie, sobre una mesa de juego, con un gorro frigio en la cabeza y una copa de champañas llena de vino tinto, en la mano derecha; con la izquierda accionaba, imitando el vuelo de un águila, según se deducía del contexto, pues estaba pronunciando un discurso, en mangas de camisa, ante una docena de compañeros, no más circunspectos, que le interrumpían á gritos. Ello fué que una hora después Nicolás Serrano, quieras que no quieras, era presentado en la *recepción del alcalde prodigioso*, como le llamaba Alcázar, gran amigo del presidente del Ayuntamiento.



## VI

Mientras iban Serrano, Antoñito su primo y algunos amigos y colegas de éste desde la fonda (adonde había vuelto Nicolás á mudar de ropa) á casa del Sr. Mijares, el filósofo pensaba:

—¡Qué pariente tan *lejano* es este pariente mío!

Quería decirse:—¡Cuán lejos está su carácter del mío, su pensamiento del mío!

En efecto: Antonio Alcázar había tomado el mundo en una síntesis de alegría. No lo pensaba él en estos términos, pero así era. No por ser propio de la edad, sino porque él era, había sido y sería siempre así: consideraba la vida como una cosa que se chupa, se chupa, hasta que ya no tiene más jugo. Cuando por un lado ya no había más que chupar, á otra cosa. Lo que se llamaba *románticamente* la ingratitud, no era más que el quedarse una *cosa* seca, sin pizca de jugo, y el ir á aplicar los labios á otra, sin pensar más en la agotada. ¡Era esto tan natural! Sobre todo, él lo hacía sin malicia. Su

madre, á quien pensaba querer ciegame-  
te, adorar, era la víctima constante y principal del egoísmo de Antonio. ¡Quién se lo hubiera dicho á él! Engañar á su madre para sacarle dinero, ó lograr el cumplimiento de cualquier capricho, le parecía una obra de caridad, porque era ahorrarle el disgusto de hacerla consentir en una cosa mala, á sabiendas de que era malo.

Antoñico había sido ya artillero, dos años nada más, y pensaba ser marino otros dos, y por fin abogado en su tierra, y después paseante en Madrid.

Todo esto había que ir dándoselo á su madre en píldoras.

Si su madre servía para *aquello*, el resto de los mortales, no se diga. Antonio Alcázar tenía fama de cariñoso, simpático: se metía por los corazones; *sobaba* á los amigos, y á las amigas cuando podía; repartía abrazos y hasta besos en las grandes circunstancias; y los seres humanos eran para él juguetes de movimiento, formas vivientes del placer suyo, el de Antonio. Pensaba y sentía y obraba con tan feroz egoísmo sin ningún género de hipocresía; y, sin embargo, no había en el mundo muchacho

más corriente, tan bienquisto en cualquier parte. El misterio estaba, aparte de su figura, voz y gestos llenos de atractivo, de alegría comunicativa, en la misma inocencia de su instinto: era un parásito de toda la vida, caro á quien tenía que alimentar alguno de sus placeres. Casi siempre fumaba, montaba á caballo y *amaba* de balde.

Además, nadie podía asociar al recuerdo de Alcázar ninguna idea triste, ningún suceso desagradable. Él lo decía: fuese casualidad ó lo que fuese, nunca había visto un enfermo, lo que se llama enfermo de verdad, ni había asistido á ningún entierro. Nunca había dado el pésame de nada á nadie, ni había transmitido una mala noticia, ni *filosofado* con la gente acerca de la brevedad de la vida, los desengaños del mundo, etc. Lejos de los negocios complicados que despiertan los odios de la lucha por la existencia, pues su egoísmo de *parásito universal* le permitía tomar los *intereses materiales* á lo artista, como cosa de juego, y decir cuando iban mal dadas: *allá mi madre*, ó en su caso: *allá mi inglés*; á nadie estorbaba, nadie ambicionaba nada de lo suyo.

Olvidaba los agravios (lo que él llamaba así, sin que lo fueran), lo mismo que los favores, no por nada, sino por el gran desprecio que le inspiraba lo pasado: lo pasado era el símbolo de las *cosas chupadas* ya y arrojadas naturalmente. Despreciaba la historia, pero no tanto como la filosofía. Si aquélla era lo que ya no valía nada, la otra era la que no había valido ni podía valer nunca. Porque había algo más inútil que lo que ya no era: el *por qué* del ser. El placer no tiene por qué. La causa de lo que es, no le importa más que al que tiene ganas de calentarse la cabeza, de averiguar *vidas ajenas*. Por todo lo cual su primo Nicolás Serrano y Alcázar era, en opinión de Antónito, un chiflado muy simpático, que á pesar de sus viajes y sus libros gastaba poco y tenía siempre el bolsillo abierto para los apuros de los primos.

Todavía despreciaba otra cosa Antonio más que la historia y la filosofía: era la verdad misma, el asunto de ambas.

¿Qué importaba que las cosas hubieran sucedido ó no? ¿Tenía gracia! ¿Servía para divertirse la mentira? Pues ¡viva la mentira! El nunca refería suceso alguno tal como

había pasado, sino tal como se le iba ocurriendo que á él le gustaría más que hubiera sido. Como no la necesitaba, había perdido casi por completo la memoria.

Por este concepto de la verdad *con gracia*, admitía una clase de filosofía: la maravillosa, la que ofrecía el atractivo de lo extraordinario y de lo nuevo. Era gran defensor de todas las paradojas y de todos los imposibles. Por eso era tan buen amigo del alcalde. El Sr. Mijares, que era un payaso de la política municipal, y otro payaso de la medicina, y el gran payaso de las ciencias misteriosas, del magnetismo animal, tenía en Alcázar un admirador, un apóstol; y es claro que Antoñito se disponía á divertirse mucho con la *gran guasa* de Caterina Porena y su marido. Lo menos que se figuraba era que entre él y el alcalde iban á regalarle al doctor Foligno unas *astas magnéticas* que llegaran al techo.

Poco antes de llegar á casa del Sr. Mijares, se le ocurrió á Serrano decir:

—Tiene un niño muy hermoso y muy inteligente. Ha comido conmigo en la fonda.

—¿Un niño, preguntó Antoñito, la Porena? ¡Bah! Esa gente ne tiene niños: no será

de ellos: lo habrán robado como los roban los titiriteros; le estarán dislocando el cuerpo y el alma para enseñarle la *catalepsia*.

—¡Demonio con el *pariente!* pensó Nicolás con cierto asco. Y en voz alta dijo:— ¿Conoces tú á Catalina?

—Sí, la he visto esta tarde: me presentó á ella el alcalde. Chico, le fui muy simpático, me apretó la mano y se rió mucho con mis cosas. Es guapa y no es guapa. No: lo que se llama guapa... Pero tiene un no sé qué... y una elegancia... y debe de estar muy... vamos, muy... cuando esté dormida. ¡La gran guasa! Ya veréis al alcalde haciendo *fluido* en mangas de camisa, como un horchatero trabajando con la garapiñera. El me dijo que se sudaba mucho. Nosotros vamos á sudar de risa.

Llegaron. El salón del alcalde estaba lleno de lo mejor de Guadalajara. Ya había empezado *la función*. Las damas, sentadas en cuadro, cerca de las paredes, dejaban libre grande espacio en el medio. Los hombres se amontonaban en las puertas y en los huecos de los balcones; otros procuraban ver y oír desde los gabinetes contiguos. Había silencio como en un templo. En medio de la

estancia vió Serrano una mujer vestida de blanco, muy pálida, rubia—tendida más que sentada en una silla,—larga, rígida, con los ojos cerrados. Parecía muerta y vestida para la caja, como aquel Tomasuccio que quedaba en la fonda. Las mismas telas, las mismas cintas de seda ajadas de los mismos colores. Nicolás vió á Tomasillo *muerto al fin* y hecho mujer; pero lo que sintió al verlo así fué algo de novedad más inesperada, más interesante que lo que había experimentado en la fonda observando al hijo de la Porena. ¡Oh, sí! La madre era cosa más nueva todavía. Aquella mujer de cara pequeña, casi redonda, de cabello de color de oro cubierto de ceniza, de frente ancha, pura y llena de dolor; que fingía dormir, por lo visto, y afectaba, de seguro, un padecimiento nervioso; sintiendo, de fijo, la pena de la vergäenza de su papel grotesco en aquella sociedad de pobres necios; aquella mujer era... tenía que confesárselo á sí propio, una emoción fuerte, llena de angustia deliciosa, algo serio, algo que le arrancaba á sus cavilaciones de alma desocupada y de pasiones apagadas. Era el amor... sin ojos. ¿Cómo los tendría? Tal

vez como los de su hijo; pero *¿con qué más?*

## VII

Caterina Porena abrió, por fin, los ojos, que eran pardos; y Serrano, con el ansia de un enamorado entre una multitud, llamaba á sí, con la intensidad de la propia, la mirada de la Porena. Catalina no acababa de verle. Si andaba por allí el magnetismo, ciertamente no salía de los ojos del filósofo, que, sin embargo, estaba sintiendo cosas nuevas y fuertes que debían valer mucho más que el fluido formidable del señor alcalde, y aún más que el fluido sutil y tramposo de Foligno.

No era aquel momento para presentaciones, y Antofito no se cuidó de poner á su primo cara á cara con el alcalde. Serrano se lo agradeció, y, como Pedro por su casa, se fué acercando, entre codazos discretos, al grupo de hombres más próximo á la sonámbula. Cuando creyó poder verla á su sabor y de frente, con la esperanza no confesada y confusa de que le mirase aquella

mujer extraña, aquella cómica de lo maravilloso, histrionisa de las nuevas ciencias ocultas, sólo consiguió contemplar de cerca y frente á frente al doctor Vincenzo Foligno, que sintió su presencia, se volvió un poco, le miró á las niñas de los ojos, le midió de alto á bajo, y apartó en seguida de él la vista con esa rapidez discreta y experimentada que se observa en los reyes ante la multitud hostil ó indiferente, y en general en los cómicos, los oradores y cuantos tienen costumbre de ostentar en público su persona. Foligno hablaba, apoyada una mano en la silla en que aún descansaba, jadeante, su mujer; y su discurso en incorrecto español, lleno de italianismos y galicismos, padeció casi un tropiezo con la rapidísima mirada dirigida al filósofo. Estuvo á punto, el orador, de perder el hilo; pero un esfuerzo de atención le bastó para proseguir su relato *científico* de los progresos maravillosos del hipnotismo.

Era el doctor un hombre muy blanco, de cutis de dama, de mediana estatura, muy airoso y bien formado. Su frac, de corte perfecto, era mucho más nuevo que el vestido de su mujer. El atavío de ella era mo-

desto y cursi en sus blancuras ajadas. Foligno parecía todo un caballero. Su pelo negro, corto, atusado; su bigote fino y estrecho y su mirada melosa y no sin fuego, recordaron, con todo lo demás de su aspecto, al filósofo Nicolás, la presencia elegante y simpática del galán joven de cierta compañía italiana que el invierno anterior había él visto en Roma. En efecto: Foligno parecía un galán de comedia fina, el amante de *El Demi-monde*, *El hijo de Coralía*, ó cosa por el estilo.

Interesaba como un actor discreto y que finge ocultar bajo su frialdad y circunspección *mundanas* un alma de fuego, etc., etc. Por todo lo cual, á Serrano, á quien apestaban los galanes de Delpit y los *pensadores de por medio* de Dumas, le fué desde luego antipático el doctor; pero con una de esas antipatías que *atraen*, como una sensación amarga que provoca la insistencia. El atractivo de aquella antipatía estaba en las relaciones de aquel histrión con aquella mujer. «Era su marido... ó su querido... ó su amo: de todos modos era ella cosa de él.» El filósofo atendió al discurso del doctor. Lo que decía Foligno estaba muy por encima de la

inteligencia del público y muy por debajo de la inteligencia y de la ciencia de Serrano. «Razón por la cual, pensaba el filósofo, si yo discutiera con éste, si me pusiese á convencerle aquí de falsario, de charlatán ilustrado, saldría yo perdiendo. A estas gentes tiene que sonarles todo esto á sabiduría.»

La voz de Foligno era de timbre suave, algo opaco. El tono, sencillo, afectaba naturalidad y modestia, como lo que iba diciendo con facilidad agradable. Si hablaba de memoria, lo disimulaba bien, porque parecía que se le *veía* discurrir. Hablaba sin aspavientos, sin calor, de las falsificaciones de su *industria*. Ya sabía él que había muchísimos charlatanes que convertían en granjería el fruto de la ciencia, etc., etc. Pero fácil era distinguir de gente y gente... Su mujer no hacía milagros: era una enferma, y él un estudiante humilde de la nueva ciencia. Si se presentaba en público, hasta en teatros, como en espectáculo, era por una triste necesidad, cuyos pormenores no interesaban al auditorio. Además, la misma propaganda científica aconsejaba estas exhibiciones, por dolorosas que fuesen en

algunas circunstancias, no en las presentes, en que él se consideraba en un círculo aristocrático, de personas ilustradas, discretísimas y de la más esmerada educación. Allí no se le pedirían imposibles, etc., etc. «Las experiencias que acababan de hacer eran de las más sencillas (Caterina había *adivinado* el olor de un pañuelo á diez metros de distancia, había visto la hora que era en un reloj parado que estaba en el bolsillo de un médico, enemigo no disimulado del alcalde y que no *creía en brujas*, etc., etc.). En cuanto descansara algunos minutos Caterina, se entraría en una serie de *experimentos* algo más complicados.» Con este motivo, otra digresión histórica en que Foligno probaba conocer, más ó menos superficialmente, los últimos tratados de este orden de maravillas, llegando á la reciente obra de Gibier, donde se habla de lapiceros que escriben solos, etc., etc. Aquella semierudición del *charlatán* le picó un tantico el amor propio á Nicolás, sin que éste se diera cuenta de ello; y con esto y lo *otro* de ser aquel guapo mozo, marido, amante ó *dueño* de Catalina, bastó para hacerle sentir un prurito de contradicción tan extemporáneo como

ridículo, si bien se miraba. Esto mismo de comprender y sentir que era ridícula allí toda oposición á la farsa discreta del italiano, le incitaba, á su pesar, á una protesta, y conoció que si se le presentaba ocasión, haría cualquier tontería para dejar corrido al sacamuélas elegante y sabihondo.

Terminado el discurso, acogido por la ignorancia ambiente con murmullos de aprobación, Foligno se sentó al lado de la Porena, las rodillas tocando en las rodillas. Cogió las manos de su mujer y permanecieron, clavados los ojos en los ojos, algunos minutos, como olvidados del concurso, absortos en aquella contemplación muda.

A Nicolás le parecieron, en aquellos momentos, dos amantes que se lo han dicho todo, pero que se quieren todavía. En la mirada de él, más fuerte, con cierto imperio de fascinación, no todo le pareció al filósofo fingido. Pensaba él: «Ahora esto acaso no sea más que farsa. El marido y la mujer deben de saber á qué atenerse respecto al magnetismo animal y... respecto al magnetismo del amor; pero hay, en esa actitud sumisa y como de vencida de la Porena, y en la arrogante y cómicamente misteriosa

de Foligno, como huellas de antigua pasión verdadera; la *postura*, conservada como en una fotografía gastada y borrosa, de horas muy lejanas de verdadera fascinación. Esta mujer debe de haber amado mucho á ese hombre: sus deliquios hipnóticos tal vez fueron algún día una broma pesada para el público estúpido, que fué como *eunuco* de esta delectación amorosa: acaso hoy mismo se burlan de todos nosotros, gozando todavía en lo que se dicen con los ojos; acaso ganan el pan con los restos de una pasión silenciosa y soñolienta...»

Pensando así crecía en Serrano el odio á las supercherías pseudocientíficas, y subía hasta Swendenborg en sus maldiciones, y acaso acaso no perdonaba á Goethe y á Pascal, sus ídolos, sus debilidades del orden milagroso ó portentoso. Lo que más le inquietaba era la indudable superioridad de Foligno, el dominio de energía, y que en algún tiempo debía haber sido de seducción, que mostraba tener sobre su esposa. Cuando al fin ella se quedó ó fingió quedarse dormida, ó lo que fuese, Nicolás creyó sentir que salía de aquellos labios delgados y algo pálidos la brisa de un suspiro que

llevaba discretamente en sus alas invisibles un beso del deleite agradecido hacia los labios del *otro*.

Había un profundo silencio en la sala. Algunos jóvenes, de la Academia de ingenieros unos, y otros paisanos, miraban con envidia al magnetizador. Pensando, á su modo, algo análogo á lo que cavilaba Serrano, vieron, en lo que acababan de presenciar, algo que les humillaba á ellos y debía de ser sabroso para el señor doctor italiano. El alcalde, que esperaba su vez, se relamía saboreando ya su próximo contacto magnético con la hermosa rubia dormida.

### VIII

Comenzaron los prodigios. El doctor paseó por delante del concurso femenino, y, mientras sondeaba rápidamente la capacidad mental de aquellos buenas señoras, leyéndoles en ojos y gestos los grados de necesidad probable, fingióse absorto en las advertencias que de camino exponía; y por fin se detuvo ante una dama muy gruesa, que

escogió muy deliberadamente, aunque cualquiera hubiera creído pura casualidad el haberse detenido ante ella el italiano, Era una rica americana que, en compañía de su marido y varias hijas casaderas, vivía hacía algunos años en Guadalajara por acompañar á su hijo único, que estudiaba en la Academia. Su voz era meliflua, y luchaba, para producirse, con la inercia de la grasa. Era un alma de Dios y de guayaba; un terrón de bondad azucarada que se disolvía en sudores, pero oliendo á perfumes.

—Esta señora, dijo el doctor en voz baja, me hará el obsequio de pensar... en cualquier objeto... en un animal, en una fiera... un león, tigre, lobo, pantera... lo que más le agrade.

La señora americana, muy sofocada, encendida y hecha un acueducto que se rezuma, consultó, entre sonrisas, la mirada de su esposo, el cual le dió licencia á su mujer para pensar algo, con un gesto imperceptible para los extraños. Se movió la cándida paloma de Matanzas en su sillón, que se quejó de la carga; y al fin se puso á pensar, con grandísimo esfuerzo de atención y de